

Veo la inmensidad de la estepa, cortada aquí y allá por cañones donde se ocultan á medio día las ciervas con sus cervatillos, los tranquilos manantiales donde los pumas vienen á acechar á los delicados, á los frágiles antílopes. Oigo el ruido de los cascos de mi caballo al romper las grandes yerbas secas del Dakota. El viento me trae el vegetal y fresco aroma de las salvias de Wyoming. Ante mí se despliega todo ese vasto país,—país feroz y peligroso, pero país libre en donde, á pesar de todo, he sentido que la vida es menos dolorosa que en parte alguna,—país de las grandes emociones, en donde me sentía tan cerca de la naturaleza, tan cerca de Dios!—Palpo, con mis dedos trémulos, el cuero curtido de esa silla y necesito domar el deseo loco que me asalta de sentarme, como en otras veces, sobre ella, de impulsar á mi noble caballo, con la espuela y de caminar, de caminar más y más léjos hácia el Oeste,—yo, padre de tres niños!”

VIII

LA EDUCACION

Cuando se ha contemplado una civilización en algunos de sus ejemplares en todo su desarrollo, cuando se ha formado una idea exacta ó inexacta de sus cualidades y de sus defectos, de su valor y de su insuficiencia, falta verificar esa idea con una experien-

cia establecida al revés, si así puede decirse. Es indispensable ver á esos individuos, ya sean hombres, ya mujeres que se han contemplado entregados á la obra de su madurez, en el estado de formación. O más sencillamente: el estudio de la vida de un pueblo tiene como corolario indispensable el estudio de los procedimientos que emplea en su educación. La naturaleza de la enseñanza que da un país á su juventud es dos veces significativa. Por una parte es reveladora de la concepción que tiene el educador del hombre y por lo mismo del ciudadano y por consiguiente de toda la nación. Y por otra, permite, si no prever, cuando menos sí presentir lo que será el porvenir de esa nación, supuesto que los niños y los adolescentes así educados serán los que á su turno constituyan la patria.

Por ejemplo: sería posible comprender absolutamente á la Inglaterra, sin haber comprendido á Oxford y á la especie de seminario de *gentlemen*, allí establecido hace ya siglos? Os sentais sobre el césped del jardín del *New College*, al pié de las viejas murallas de la ciudad;—en la cerca de Wadham, próxima á la Capilla construida por la Sra. Dorotea, cuya estatua se ve aún, rígida y severa, envuelta en los pliegues de su manto de piedra, al borde del estanque de Worcester, sitio de los debaneos de Inindy, en el magnífico y silencioso parque de St. Jhon. No teneis sino ver á las jóvenes bárbaras, como les llamaba Mater Arnold, pegando al *tennis* en este cuadrado de una belleza debida toda á los muertos; no teneis sino seguirlos cuando abordan, vestidos de flanela, la canoa en que van para pasar rozando los venerables muros de los antiguos claustros, ó bien, á caballo, al trote, á lo largo de los verdeantes cementerios esparcidos por todas partes en la ciudad.—y todo el porvenir de

esta juventud se os descubre! El chico que tuvo semejantes sensaciones en sus años impresionables, será, no podrá menos que ser lo que son, en efecto, de diez, nueve ingleses, un hombre bien criado y tradicional, capaz de todos los sufrimientos, de todas las audacias físicas y al mismo tiempo, profunda, íntimamente conservador, aún cuando se sienta y se crea radical; respetuoso del pasado, aún cuando en sus más vehementes impulsos de iniciativa, porque ha sentido mucho la dulzura de aquel.

Visitad, en contraposición, un liceo francés, con sus construcciones que dan idea de cuartel, sus pasadizos estrechos y sin horizonte, con la promiscuidad de sus dormitorios, con la desnuda fealdad de los estudios y de las clases. Os hace falta algo más para tener la idea de que el joven alumno, empobrece su fisiología, exaspera su sistema nervioso y olvida la alegría de la espontaneidad. La disciplina, muy poco individual para ser inteligente, no puede sino esclavizarle ó anonadarle. Sale de allí progresista ó refractario, nulo ó revoltoso, entre burgués y anarquista, dos tipos funestos del civilizado que aborta en nulidad impotente ó en corrupción destructora. Tal es el fatal término de un sistema de educación, implantado primero por los convencionales, después por el Imperio, contra la naturaleza y la tradición, y de todas sus obras nefastas, la más nefasta, la más apropiada para sofocar en su nacimiento la energía de nuestra clase media y sus virtudes. Aquí, como en todo el mundo, la educación explica la historia, por la misma razón que explica las costumbres.

Mas no es siempre fácil palpar la acción ejercida por toda una sociedad sobre sus escuelas y la que ejercen después estas escuelas sobre esa sociedad. En particular en Estados Unidos el carácter mismo del

país es un obstáculo casi insuperable al definir la educación, pues se encuentra repartida en una extensión de territorio absolutamente desprovista de dirección central. La iniciativa de los Estados, en primer lugar, después las de las ciudades y sobre todas la de los individuos trabajan sin descanso para modificar los innumerables centros de instrucción, que han brotado espontáneamente en esa tierra en donde al parecer, reside una plasticidad de las fuerzas sociales, análoga á la plasticidad de las fuerzas naturales durante la juventud del planeta. Son muchas las probabilidades que hay para que cada casa de educación se construya conforme á un tipo diferente; pues cada educador es un hombre que, con verosimilitud, tiene ideas propias y cada alumno, igualmente, es una personalidad irreducible.

En la época de mi estancia en Newport, recuerdo haber permanecido un día entero sobrecogido ante esta pregunta que me dirigió el negro que me servía en el hotel,—una especie de gigante negro en quien solo había admirado, hasta ese día, la destreza que desplegaba sosteniendo en la palma de la mano invertida, platos llenos con seis ó siete comidas completas.

—“Señor, ¿es cierto—me preguntó—que vais á escribir un libro sobre América?”

—“Tal vez.—le contesté—¿Pero por qué me lo pregunta usted?”

—“Porque desearía tener un ejemplar para estudiarlo este invierno en mi colegio.”

Un neo-yorkino á quien referí este diálogo me dijo:

—“Los negros son muy vanidosos y querría hacer creer á usted que sabía leer. Y supuesto que usted colecciona anécdotas sobre estos señores de color no

olvide usted esta: La semana pasada viajaba más allá de Chicago Lord B***, que es uno de los más grandes señores de Inglaterra. En una estación, cuyo nombre no recuerdo, se acercó á él uno de los empleados de un carro Pullman, y le dijo:

—“Me aseguran que es usted Lord B***, ¿es cierto?”

—“Sí”—respondió el otro.

Entonces el negro preguntó:

—“¿Tendría usted la bondad de darmela mano?”

El gran señor se figuró ver en esta frase una humildad conmovedora, pues tiene un noble corazón y es un filántropo y tendió su mano á ese desgraciado, hijo de un esclavo ó tal vez esclavo manumitido. ¿Y qué hizo el negro? Después de haber estrechado la mano del noble, dijo orgullosamente:

—“Usted sabe bien, Lord B***, que soy un ciudadano americano y llevo propósito de decir á todos mis compatriotas que la aristocracia británica es muy recta. . . .”—“*That the British Aristocracy all right.*”

Mi espiritual interlocutor se equivocaba. No había sido por jactancia, por lo que me habló de su colegio el mozo del hotel de Newport y de ello tuve la prueba en el curso del invierno, al recibir en una población del Sur, donde supo por los periódicos, que estaba yo, una carta que no me es posible dejar de transcribir en toda su sencillez, tan significativa así me parece:

“... Escribo á usted estas líneas para decirle que he logrado entrar al colegio, como era mi deseo. Entré el 1.º de Enero y hasta hoy voy bien en mis estudios.—*I am getting along very nicely with my studies.*—Era mi anhelo seguir un curso completo y regular. No puedo hacerlo, pues necesito sostenerme yo mismo en la escuela, por lo que me conformo con

el curso normal y científico. Aun no sé acertadamente lo que haré el próximo estío. He pensado volver al Hotel de Newport, pero aun no tengo nada decidido. Espero de todos modos un ejemplar del libro que usted escribe, cuando lo haya usted concluido. . . .”

¿Qué debe pensarse del espíritu de un colegio donde un doméstico de veinte años cumplidos puede sentarse en sus bancas por seis meses entre dos estaciones de servidumbre, sih que este hecho sea considerado como excepcional? ¿Qué debe pensarse de este hombre, qué de lo que pide á la vida, qué de las esperanzas que cambia con sus compañeros, y qué de una sociedad entera donde tales rasgos son cotidianos? Se mide, una vez más, el abismo que separa al viejo del nuevo mundo. Y con todo, la forma sacramental que tales hábitos ponen en boca de los extranjeros, de: “Como es americano! . . .” desde el instante que se pronuncia, testifica el reconocimiento de cierto carácter en todas las manifestaciones de ese singular país, por disparatadas que sean.

Esta unidad es la que desearía desprender en el problema tan complejo de la educación y á propósito de algunos grupos de hechos que están netamente circunscritos. Siguiendo el consejo de mis amigos, he escogido como tipos, suficientemente representativos de las escuelas primarias, á las escuelas de Boston—entre las universidades para hombres, *Harvard*,—entre las de mujeres, *Wellesley*,—y entre los planteles técnicos, *Westpoint*, que es el Colegio Militar, el *Saint Cyr* de Estados Unidos. La razón de esta preferencia es fácil de explicar. Massachusetts ha sido por largos años, algo así como la matriz de la efigie donde ha tomado el alma americana su relieve moral é intelectual, y por lo mismo es más que

probable que el método y que el espíritu de la enseñanza americana sean allí más visibles. Y este es el motivo por qué las escuelas de Boston, la Universidad de Haward y la de Wellesley, aun ignorando como ignoro si son superiores é inferiores á otros miles de escuelas y á centenares de universidades, son, sin duda, las que dan una idea más notable y más perceptible para un pasajero. Por otra parte, Westpoint, sobre otros establecimientos técnicos, tiene la ventaja de que en él se fabrica un producto humano que en todas partes debe ser, con pocas diferencias, el mismo, puesto que en todas partes la guerra es la guerra y el oficial se parece al oficial. La analogía de los resultados que se deben obtener, permite mejor comprender la diferencia de los métodos. Son, pues, estas, si así se quiere, las cuatro grandes mallas del vasto tejido de instrucción extendido sobre este enorme país. Comprendiendo y estudiando cómo están tejidas, podrá el lector juzgar, así de la probable duración, cuanto del valor de la tela. Y si desea detalles más amplios, los hallará en los trabajos, tan llenos de documentos de M. Varigny, en las notas penetrantes que trajo de ultramar la mujer superior que firma con el nombre de Th. Bentzon y por último, en el vistoso volumen de M. Pierre de Coubertin, titulado *Las Universidades Trasatlánticas*.—En particular sobre Westpoint, ha escrito el señor conde Luis de Tourenne, algunas páginas muy interesantes en su obra: *Catorce meses en América del Norte*—repertorio de reseñas sobre Estados Unidos que tiene riqueza y exactitud incomparables.—Yo no pretendo otra cosa que enunciar aquí una hipótesis que se liga á los hechos numerosísimos, reunidos tan escrupulosamente por esos concienzudos y notables observadores.

... Procuremos figurarnos un viajero que no conoce nada absolutamente de América y que desembarca en Boston recomendado á un ciudadano de importancia en la ciudad. Es en los momentos de mayor actividad en esa antigua metrópoli de Estados Unidos y por lo mismo en el invierno. El bostoniano busca al viajero en el hotel y llega en un trineo que se desliza con facilidad sobre el hielo. Su primer acto es conducirlo con justificado orgullo, al parque central llamado *Common*, que ofrece la rara particularidad en Estados Unidos, de datar de tiempos atrás. Existe desde 1636. Después nuestro hombre lleva á su huésped, por entre una red de calles, cuyo entrecruzamiento revela también su relativa vestutez, hacia el *Old state house* que sirvió de teatro al *Boston massaere*,—al museo que posee, junto á una maravillosa colección japonesa, reliquias extrañas: un escaparate completo lleno de calzados entre los que se vé un par de botas que usaba Napoleón en Santa Elena! El bostoniano no olvida ciertamente enseñar en seguida al extranjero el río *Charles*, desde donde se vé, según dice, el más hermoso sol poniente de América;—el *Athletic Club*, en cuyo subterráneo se extiende una piscina gigantesca alimentada por agua corriente;—*Beacon Street* con sus palacios,—el salón de conciertos donde se ejecuta, en las estaciones, más música sabia que en los Conservatorios de Europa reunidos.

En estas idas y venidas, el viajero ha interrogado á su guía, diversas ocasiones, ya sobre esta, ya sobre aquella construcción que le ha parecido más vasta, más coqueta ó de arquitectura más nueva y más adornada, y el bostoniano cada vez le ha respondido que era una escuela. Sin dar á esto gran importancia, el viajero pregunta cuántas escuelas tiene Bos-

ton, sabiendo ya que todas son públicas y gratuitas, pues su compañero ha insistido sobre estos dos puntos. Sabe, por la respuesta, que llegan á seiscientos siete. Este número no deja de parecerle extraordinario. Debido á esta extrañeza, le conduce al despacho del superintendente encargado de la presidencia de este inmenso arsenal de instrucción. Este personaje se halla ausente, ocupado en alguna de las visitas de inspección que le impone su verdadero ministerio. Pero allí están sus secretarios, naturalmente mujeres, que interrumpen su manipuleo sobre las teclas de la máquina de escribir, para buscar en la biblioteca los diversos volúmenes relativos á los diferentes asuntos de enseñanza, estudios sobre la altura higiénica de las sillas y de las papeleras, reflexiones sobre los procedimientos de instrucción, estadísticas y crítica de los programas y de los exámenes, cuadros de los profesores y de los alumnos, cálculos sobre los fondos que se emplean en unos y en otros.

Cuando vuelve el viajero al hotel perseguido siempre por el número de seiscientos siete escuelas, se entrega á la lectura de esas referencias, en apariencia áridas, y no le es posible interrumpirla. Se apodera de él, el interés de una novela de especie única. Y en efecto, es la noche de una ciudad sedienta de saber, hambrienta de cultura y que quiere que todos sus habitantes sepan, comprendan y se saturen de inteligencia. Es una de las fiebres americanas esa fanática, esa casi enfermiza necesidad de instruirse y ella en sí misma no es sino una forma de la noble y elevada fiebre que devora á toda esa sociedad, que es aún ruda, caótica, informe, muy reciente y nostálgica de civilización.

Para poder medir exactamente ese esfuerzo hacia

“más luz” como decía Gaethe moribundo, es necesario descomponer el número de seiscientos siete en números de detalle. Esas escuelas se subdividen en seis grupos proporcionados á las diferentes edades y también á los diferentes programas. Desde luego y en el primer escalón de la escala, si así puede decirse, hay treinta y seis *Kindergarten* que sirve para mil novecientos sesenta niños.—En seguida vienen cuatrocientos ochenta y un escuelas que cuentan veinticinco mil alumnos,—cincuenta y cinco escuelas llamadas de gramática, que tienen más de treinta mil,—diez escuelas de latín ó *lingh scholls*, donde cursan tres mil cuatrocientos escolares,—veinticuatro escuelas especiales, de las que veintidos son nocturnas, donde concurre un público de cinco mil quinientos estudiantes,—y por último una escuela normal destinada á la formación del personal de enseñanza. Este personal alcanza el total de mil seiscientos quince maestros y maestras. Y este número apenas basta para ese inmenso servicio, que significaba para la ciudad en los primeros nueve meses del presente año escolar—1893—un presupuesto de dos millones de *dollars*, es decir, de diez millones de francos. De setenta y tres mil ciento setenta y seis niños ó adolescentes, de más de cinco años y de menos de quince, que hay en Boston, cincuenta y tres mil seiscientos treinta y ocho, recibían en esa fecha y sin tener que desembolsar un céntimo, la instrucción que en esos planteles se dá y que abarca desde los primeros rudimentos hasta la cultura que entre nosotros se reserva para la clase burguesa.

Y sin embargo la ciudad no se dá por satisfecha con ese admirable resultado. De 1889 á 1892, construyó, reglamentó, dotó y abrió, cada una con recursos propios, una nueva escuela de latín, cuatro

escuelas de gramática, siete escuelas primarias, compró terrenos para otras tres y gastó, aparte del presupuesto ordinario, una suma de diez millones de francos en esta tarea de mejoramiento. Y esos progresos no son causa para que el comité que los patentiza deje de formular el programa de nuevas fundaciones para los años venideros. Una sola frase, tomada entre otras muchas, da idea del espíritu que anima á esos infatigables propagadores de instrucción, hablando de la escuela normal el relator escribía con perfecta sencillez:

“Se comprenderá cuán necesario es un ensanche con solo recordar que el presente establecimiento se encuentra justamente en el mismo estado que hace quince años. . . .”

Estos dos renglones escapados de una pluma oficial expresan, mejor que pudiera hacerlo comentario alguno, lo que significan en boca de los americanos estas dos palabras: *reciente, antiguo*.

En esa situación cerrais el grueso volumen documentario y bajo los minuciosos, pero indiscutibles detalles de sus estadísticas percibís un grande hecho social que no concordaría con tanta exactitud con los hechos que han sido observados directamente por uno mismo si no fuese exacto, y es á saber: la vitalidad profundísima del sentimiento cívico en Estados Unidos. La prodigalidad de esos millones no reconoce otro principio. Traduce la convicción, aferrada en lo más íntimo de los ciudadanos, de que no debe economizar cosa alguna la comunidad para proporcionar á todos sus miembros la ocasión de desarrollar todos los dones que se han recibido al nacer. Y cuál comunidad? No la de toda América—el gobierno que tiene asiento en Washington nada tiene que ver con esos gastos.—Tampoco el Estado á que

pertenece la ciudad. si no esta ciudad misma, esta ciudad que el adolescente con sus ojos, á quien puede figurarse como un sér, á la que está ligado por los lazos de la carne y de la sangre. Por tanto los beneficios de esa educación no son para el adolescente un don anónimo, un don cuyo beneficio ignore á quién debe agradecer. Los estudios que sigue no están dirigidos por un consejo superior y lejano, compuesto de funcionarios á quienes nunca ve. Ve y conoce, no solo á los administradores de ese gran sistema de instrucción municipal, sí que también á los generosos donadores que á las contribuciones públicas agregan sin descanso contribuciones privadas. Todas esas influencias directas concurren á desenvolver, á exaltar en él ese mismo sentimiento cívico que conduce á sus mayores á prestarle apoyo, á ayudarle en la obra de su cultura, de modo que una vez que llega á ser mayor de edad y rico su constante afán será ayudar, apoyar á su turno á sus cadetes pobres.

Aquí, como en la Francia de la edad media, como en la Italia del renacimiento, la potente vida municipal produce naturalmente las grandes virtudes municipales, y las produce—carácter que está en conformidad con las costumbres tan violentamente ecualitarias de este país,—así en la mujer como en el hombre. En la totalidad de esta obra de las escuelas es curioso hacer constar hasta qué grado rivaliza la ciudadana con el ciudadano en iniciativa y en generosidad. Tomemos únicamente para ello dos ó tres hechos entre los más típicos: en 1884 una dama de Boston, M. Quincy A. Shaw sometía por sí misma á la ciudad su proyecto de abrir en las escuelas algunos talleres de *manual training*, de educación manual. Según su ideal, quería que se planteasen para las jóvenes, cursos de cocina, de economía del hogar

y de la casa y de lencería,—de imprenta, de ebanistería y de zapatería para los jóvenes. Gastó en esta obra desde el año 1884, según dice la noticia estadística, una suma de medio millón de *dollars*.

Bajo el impulso de esta buena voluntad enteramente privada, se abrieron en 1885 dos escuelas de cocina recibiendo cada una ciento cincuenta alumnas y como en esos momentos M. Quincy A. Shaw estaba ocupada en los *Kindergarten*, se encargaron de proseguir esas dos tentativas, otras dos damas de Boston,—“las primeras,” dice el informe con orgullo inspirado por el patriotismo local, “que fueron establecidas en América.” En 1886 se abrió una tercera escuela de cocina, bajo iguales condiciones. Pero después, la ciudad se hizo cargo de unas y otras y desde entonces esas señoras se dedicaron á buscar otra empresa para servirla con su energía, su tiempo y su dinero. La comisión juzgó esa experiencia concluyente y tomó para sí el cuidado de continuarla en nombre de la comunidad, apoyándose en razones que merecen citarse, pues también llevan el sello de ese civismo tan ardiente á la vez que tan razonado. Después de señalar todas las ventajas que puede procurar el arte de la cocina á la joven pobre cuanto á la joven acomodada—por tornarse aquella en mujer capaz de mejorar el interior de su casa, y esta de mejor dirigir á sus criados,—el informe ensancha la cuestión y hablando del papel que desempeña en la educación la enseñanza manual, termina diciendo:

“Sirve esta enseñanza para combatir uno de los mayores peligros que amenazan á la nación: la dispareidad excesiva entre el rico y el pobre; pues esta dispareidad proviene, con frecuencia, del desprecio que muchas personas acomodadas tienen por aque-

llas que trabajan con sus manos. Es una concepción falsa y no tendrá ni tiempo de nacer si el niño se educa en el trabajo con utensilios y bajo la dirección de un maestro ó de una maestra vestidos con el traje obrero, á lado de camaradas que también ya sean ricos, ya pobres, manejen indistintamente los mismos utensilios.... De ese modo nacerá un *higher citizenship*....”

Este civismo más elevado,—apenas es traducible el término, tan poco así tienen de ello nuestros países centralizados,—esa necesidad de amar y de hacer amar á su país, ese orgullo por el lugar natal, y ese cuidado de mejorarlo siempre, es el secreto de esas generosidades en lo concerniente á la educación, que en ocasiones alcanzan proporciones realmente fantásticas. Se cita el nombre de un ciudadano de Illinois que dió de un golpe á la Universidad de Chicago, seiscientos mil *dollars* á condición de que hubiese otras personas que completaran el millón. Los cuatrocientos mil *dollars* que faltaban fueron suscritos el mismo día. Así pues un capital de cinco millones de francos fué reunido en solo un día, cuyo capital aumentó hasta duplicarlo por su propia cuenta el primer donador, ó sean otros diez millones de francos! Según dijo á un periodista, quiso asegurar á su ciudad un *standard* de instrucción superior. Esa expresión americana, que hace juego con el *record*, no es tampoco fácil de traducir. El *standard*, es el valor de una marca de fábrica, es la muestra, el tipo por el que se miden las cualidades de un producto. Aquí encontrais aplicado á las producciones del espíritu, de la literatura y de la ciencia lo que constituye el fondo mismo de esa democracia traficante, la estimación por comparación que también expresan esas gentes por el verbo *to beat*—batir—que usan en

todas ocasiones. De un hotel y de un paisaje, de un hermoso libro y de cierta marca de Champagne, de un gran artista y de una empresa trasatlántica, dicen indiferentemente que es: "*beats every thing in the world.*" Ese amor propio, que calificamos de anifiado, es tal vez la condición de la sorprendente vitalidad de los centros locales de que está formada la vitalidad de todo el país. Shakespeare en alguna parte habla de esos hombres en quienes cada pulgada es un hombre. La América es una patria en donde cada ciudad es una patria, una república de la que cada población es también una república, un cuerpo inmenso del que cada pueblo es un cuerpo también. Por mil signos distintos se comprende la energía de la célula municipal. Se la siente, se la toca con el dedo, cuando se estudian los procedimientos de la instrucción.

Sentado que la escuela es una creación enteramente local, fundada por completo sobre buenas voluntades individuales, sus métodos de enseñanza deben estar igualmente penetrados, no de teorías abstractas ó de convención, sino de las necesidades mismas de la ciudad, de su vida ambiente é inmediata. Una visita rápida basta al viajero para convencerse de que aquí, en efecto, la educación está precisa y sistemáticamente organizada para adaptar al individuo al medio en que debe obrar. Aquí la enseñanza está dada por hombres y por mujeres, sobre todo por mujeres. Estas animosas criaturas ganan poco más ó menos, novecientos *dollars* anualmente. En su mayoría son solteras. Aunque están en contacto permanente con los profesores, los "casos escandalosos" como aquí se dice, son en extremo raros. Esas preceptoras, son, ante todas cosas, *personas morales*. Con este sentimiento de su responsabilidad ganan

ejerciendo como una influencia de atmósfera sobre los niños y los adolescentes á quienes dirigen. En ello, puede tal vez reconocerse una de las razones que inducen á los americanos á rodear á la mujer de particular respeto. Para ellos, este sentimiento se mezcla al recuerdo de las impresiones más delicadas y más fuertes de su adolescencia.

Es necesario ver á esas maestras de escuela, cuya mayor parte son bonitas, dirigiendo sus clases, sobre todo en las escuelas primarias, donde niños y niñas de diez á doce años están sentados unos á lado de otros. Proceden principalmente por medio de preguntas, pero generales, y á las que los alumnos solicitan responder, levantando la mano. La maestra elige, después cambia la pregunta y va en busca de aquel ó de aquella que se ha quedado atrás. Este método es muy sencillo, muy vivo y muy cordial. La variedad extremada de ejercicios que no duran más de media hora no permite la fatiga.

En estas lecciones de principiantes, como también en las de gramática, el carácter que más sorprende á un francés de la clase media educado en el colegio, es el empleo constante del método concreto y positivo. En esta enseñanza, el moldeo de la tierra arcillosa hace considerable papel. En casi cada uno de los salones de las escuelas por donde se pasa, se ve todo un museo de objetos petrificados de esa manera por los niños de ambos sexos, quienes siguen á la visita con curiosa mirada;— objetos humildísimos modelados á semejanza de la humilde realidad que les rodea: una zanahoria, un pan, un bizcocho, una mariposa, una flor. Los unos se disponen á trabajar sobre la lección puesta, y les es preciso dibujar y describir una papa colocada á lado suyo. Los otros se dedican á copiar follajes. Deben reconocer el ár-

bol y dar detalles positivos sobre él. Los de más allá acababan de terminar obras de madera, bastante complicadas, según los modelos que se han trazado con gis sobre el pizarrón: papeleras, cajas, piezas recortadas que podían ya ser ajustadas á cualquiera máquina. En todos esos detalles se reconoce el mismo principio: ajustar al unísono la pupila, el espíritu y la mano, educar al niño á mirar con exactitud y á arreglar su pensamiento y su movimiento á esta mirada.

Ante semejante educación se explican mejor ciertas particularidades de la inteligencia americana; su falta casi total de ideas abstractas y su admirable poder para conocer la realidad y para manejarla, en el dominio de la mecánica, del mismo modo que en el de los negocios. Se trata, con ella, de poner constante, infatigablemente, á esos espíritus que despiertan ante el *hecho*, de adiestrarlos á someterse á él y al someterse de poderlo mandar. Los mismos maestros poseen esa preocupación del *hecho*, hasta el grado más elevado. Son prueba evidente de ello los ejercicios que escogen. De este modo he visto, en una clase bastante avanzada, á los escolares de ambos sexos, ocupados en responder por medio de una obligación escrita á una petición de empleados, que apareció en un periódico. Cuando sean mayores, tendrán que formular peticiones parecidas. Eso es un hecho y ante él se inclina la educación. Tendrán que escribir cartas relativas á viajes, y hé aquí que á causa de esto toda una clase compuesta de niñas de trece años trata de este asunto. una vuelta por Europa, *a trip to Europe*.

Leí dos de las copias que se dispone á corregir la maestra. La primera es de una niña que nunca ha ido allá abajo. Es una página árida y muy pobre en

la que, sin embargo, revela un cuidado metódico por la exactitud. La niña da el nombre del buque en que hizo su viaje, y ese buque existe realmente. Indica el día de la partida, la duración de la travesía, el número de millas recorridas en veinticuatro horas, el nombre de un hotel de Liverpool y el de uno de Londres, y todos esos detalles son precisos, son reales. Oyó á sus parientes ó á sus amigos referirlos y los ha retenido. La segunda niña que presentó la otra obligación, ha hecho el viaje. Todo ha observado su atención y todo ha conservado su memoria, en lo relativo á los detalles cotidianos: los incidentes de á bordo y la lista de las comidas, la conversación de su madre y la de la sirvienta de los camarotes. En Londres notó la pequeñez de las casas, en París su aire de *refined gaiety*, de alegría refinada. Todo contado sin fraseología y en algunos trozos, dialogado con bastante naturalidad. Tuve la impresión de palpar en su origen ese talento de escribir con conciencia y con verdad que en América, más aun que en Inglaterra, ha producido un enorme cúmulo de literatura femenina. Aquí todo se sujeta á la observación de la marcha cotidiana de las cosas. Dentro de quince ó veinte años esta niñita irá hasta el polo ó hasta Egipto y su diario de viaje se publicará en cualquier *magasin*, á menos que no emprenda escribir una monografía de arte, de historia, de ciencia ó de literatura, ó que no ensaye la *short story*, ese corto bosquejo de costumbres, lleno de sensación, bajo la forma de cuento y que es ciertamente el punto en que sobresale la literatura americana.

Al volver de esas visitas, es cuando conviene tomar las referencias de la comisión, para hojearlas, en esta vez con el recuerdo de esos niños y niñas de fisonomía decidida y nerviosa, de esos maestros y

maestras de modales familiares y vivos, de esos salones de trabajo tan bien iluminados y tan sabiamente dispuestos, de esos laboratorios colmados, y por último, de todo ese pequeño mundo escolar en donde no existe cosa alguna que evoque el recuerdo del cuartel ó de la violencia. Acaba por esclarecerse el sistema entero de esta enseñanza, con la lectura de la parte intitulada *Examinations papers*. Es una lista que se prolonga en páginas y más páginas, de las cuestiones propuestas á los educandos en los exámenes escritos ú orales. No hay uno solo, entre los más modestos, así como entre los más elevados, que no tenga por objeto situar el espíritu del niño en su medio de acción positiva y ligarle á él con lazo eficaz y sólido. ¿Se trata de ortografía? Pues las frases más insignificantes del menor dictado encierran hechos de la vida doméstica, ó consejos de utilidad positiva:

—“*While I remain in the country this summer my time will be occupied in active recreation. . . . —John, come here. Did you hear me quoting the old saying: a stitch in time saves nine. . . .*—Lo que mejor podré hacer en el campo, será emplear mi tiempo en una recreación activa. . . .—Juan, ven acá. Me has oído citar el antiguo proverbio: “Remienda tu sayo y te durará un año. . . .”

¿Es de composición de lo que se trata? Hé aquí algunos de los asuntos que se proponen:

“Se solicita una jóven para un taller de fotografía. Se exigen talento práctico y artístico, así como también buenas recomendaciones. Dirección: 154 Fremont Street. Cuarto 15. Boston, Mass. . . .—Escribid una carta como la que escribirías si tuvieseis necesidad de obtener ese empleo.”—“Escribir una carta á un conocido que no haya pisado nunca esta escuela, describiendo el patio, la casa, el cuarto que se habi-

ta. . . .”—“Escribir á un amigo para darle consejos sobre su salud, diciéndole todo lo que se ha aprendido sobre los cuidados que deben darse al cuerpo. . . .”

En asuntos de geografía, hé aquí la manera cómo se adiestra á estos niños para sus futuros viajes:

—“Se sale del Cabo Ann para Cork con un cargamento. ¿Cuáles serán las mercancías que deban escogerse para ir y cuáles para regresar? . . .”—Hacer una excursión de San Francisco á Paris. Señalar el itinerario. ¿Cuáles serían los artículos que debieran traerse? . . .”

Y de aquí nacen interrogaciones infinitas sobre los climas, sobre los productos vegetales y minerales y sobre la repartición de las industrias.

¿Se trata de matemáticas? El cálculo mental ocupa el primer lugar, entiéndase bien, y todos los problemas se refieren á operaciones de compra y de venta.

¿Se trata de historia? Todos los interrogatorios giran en derredor de los anales de la gran República y sobre todo de la misma Inglaterra.

—“¿Cuándo y por quién fué fundado Boston? ¿Qué cosa es el arbol de la libertad, qué la destrucción de Boston, cuál el asunto del té en Boston? . . . Describir una ciudad de *New England* en la época colonial y un domingo en la mañana. . . . Hacer una relación del desembarque en la bahía de Massachusetts y una descripción breve de las gentes que conduxeron á esta primera colonia. . . .”

Es manifiesto que el escolar á quien se prepara sobre todos esos puntos, se educa con el fin de que llegue á ser un hombre de negocios en una democracia, y si es posible, en una ciudad especial de esta democracia. Los ciudadanos que dirigen este vasto

organismo de instrucción cívica, notan sin embargo, que en estos programas se concede muy poco lugar al obrero. Su informe bosqueja el proyecto de una nueva escuela destinada á las artes mecánicas, pero más completa que ninguna otra. Se denominará, ya se llama sin duda, en estos momentos, "Mechanical high school." Su programa se resume en esta frase que trascibo textualmente:

—"En Boston y por primera vez, el niño que desee ingresar á la industria tendrá, para iniciarse en ella, y á expensas del público, las mismas oportunidades proporcionadas desde hace tanto tiempo, á los que piensan dedicarse á los negocios ó á cualquiera otra existencia profesional"

Llegados á este punto, parece ser que estas gentes habrán alcanzado su ideal que puede resumirse en esta frase: *la completa identidad de la educación y de la vida.*

Este mismo ideal se vislumbra á la primera mirada que se dirige sobre una Universidad. He tomado como tipo la de Harvard, precisamente, porque siendo la más antigua, parece como que manifiesta mejor las tendencias duraderas del espíritu americano. Y desde luego, su sola historia demuestra hasta qué punto la fé en la iniciativa privada y en la vitalidad local, es con certeza un rasgo esencial de este espíritu. Es el cuadro de una constante lucha para una autonomía de más en más completa. Sería curioso poner la historia de una vieja Universidad francesa, la de París, la de Montpellier y la de Tolosa, frente por frente de esas, para apreciar el grado de divergencia de una y de otras democracias. Entre nosotros se ha cumplido un trabajo contrario, la entrada de instituciones antes independientes y poderosas, á la administración central, convirtiéndose el servicio de la ense-

ñanza superior, en un servicio del Estado. Cuando se trató hace algunos años de volver á esas *Universidades*, absorbidas por la *Universidad*, algo así como una existencia independiente, uno de los elocuentes oradores del partido republicano, M. Challemel-Lacour, sostuvo, apoyado por nuestro Senado, republicano como él, que semejante medida se dirigía en contra de toda la obra de la Revolución. Su jacobinismo veía perfectamente y ningún argumento prueba mejor la miseria y la tiranía de esa obra del 89, esencialmente hostil á toda libertad y asesina de toda energía viva.

La elevada enseñanza americana ha comenzado tal y como termina la nuestra. Cuando en 1636 la Universidad de Harvard—entonces de Cambridge—fué fundada, la Corte general de la Colonia de los Massachussets, es decir, el Estado, fué quien la estableció por una votación. Esta misma Corte y por tanto el Estado, se reservaba su vigilancia. Los *overseers* ó vigilantes, eran de derecho, en esa fecha, el gobernador de la colonia y los magistrados de su jurisdicción. Tenían plenos poderes para administrar los bienes del colegio. Pero unas cuantas palabras escritas en este decreto indicaban ya el porvenir de la Universidad:

—"Estos bienes, decía, comprenden los regalos, los legados, los donativos"

Ya prevenían los fundadores que el principal adyuvante de su establecimiento sería el concurso de los particulares y desde 1638, un *clergyman* no conformista, llamado John Harvard, que fué por esto padrino del colegio, inauguraba la serie de las munificencias, gracias á las que posee hoy la Universidad, un capital de doce millones de *dollars*—ó de setenta millones de francos.

El derecho de heredar ó de poseer tiene como corolario inevitable el derecho de administrar á nuestro antojo lo que se posee. Debido á esto, los ciento cincuenta primeros años de la existencia de Harvard están llenos por los esfuerzos del presidente y de los profesores ó *fellovs*, para conquistar este segundo derecho. Hasta 1814 fué cuando lo obtuvieron, pero siempre con el contrapeso de los *overseers*. Lo que faltaba conseguir era que éstos se incorporasen á la Universidad.

Es curioso seguir este trabajo en estos ochenta años. Se comenzó por modificar la ley de nominación de estos vigilantes. De este modo se convirtieron en un cuerpo independiente que se reclutaba por sí mismo. Esta independencia era garante de una especie de autonomía. En seguida se decretó que el Estado de Massachussets no tendría ya el derecho de modificar los Estatutos de la Universidad sin el asentimiento de los *overseers* y de la corporación reunidos. Se dió un nuevo paso hacia adelante en 1843. El decreto de 1810 traía la cláusula de que la comisión de vigilancia debía contar entre sus miembros á quince *clergyman*s, quienes deberían ser *congregacionalistas*. Después se decidió que estos *clergyman*s podían ser tomados indistintamente de cualquiera secta y luego en 1851, que la comisión podía privarse enteramente de *clergyman*s. En 1854 fué propuesta una ley más amplia y confiaba el derecho de elegir esta comisión de vigilancia á todos los antiguos alumnos titulados de Harvard. No se aceptó, sino hasta 1863. Entonces aun traía esta restricción: que los *overseers* así nombrados debían habitar los Massachussets. Esta cláusula restrictiva fué abolida en 1880, como un último vestigio de la ingerencia abusiva del Estado.

Hoy, dueña de sus fondos, que administra á su

antojo, dueña de su enseñanza que distribuye á su gusto, nombrando por sí misma sus vigilantes, por sí misma también sus profesores, esta Universidad, que empezó siendo dos veces oficial, puesto que dependía del Gobierno y de la Iglesia, no tiene ahora que contar sino con sus propios miembros. Es libre en el sentido más profundo, en el más íntimo de esta palabra y la estadística está allí para demostrar que á este aumento de iniciativa corresponde un aumento de fuerza vital. El número de estudiantes, que era de mil ciento doce en 1870, es en 1893 de dos mil novecientos sesenta y seis. Los profesores eran cuarenta y uno. Hoy son ochenta y seis. Los repetidores ó *teachers* eran ochenta y uno, ahora son doscientos noventa y cuatro. Los socorros repártidos entre estudiantes pobres ascendían á veinticinco mil *dollars*. Hoy suben á ochenta y nueve mil. Había en la biblioteca ciento ochenta y cuatro mil volúmenes. Ahora cuenta con cuatrocientos doce mil. Tradúzcanse estos números en realidades concretas. Testifican que en los últimos quince ó veinte años en que se cortó el último hilo que ataba al Estado y á esta Universidad, se ha duplicado la afluencia de la vida en este organismo, los inspectores han sido más activos, los profesores más diligentes y los alumnos más solícitos. Que mañana sean nuestras Facultades francesas dueñas en su casa, no nominal sino absolutamente y sin ministro ni inspector ni consejo que las subordine, que hereden y posean, que su enseñanza se modifique á gusto de sus profesores según las necesidades de cada región, que los maestros reclutados por sí mismos estén realmente en su casa y que también lo estén los alumnos y que á la vez las grandes escuelas centrales se supriman para dejar á las universidades su pleno alcance de influencia; y

las mismas causas producirán los mismos efectos y la vida intelectual de nuestra provincia despertará de un golpe. Pero, ¡ay! no es en ese sentido en el que andamos.

La Universidad de Harvard está compuesta de un colegio propiamente dicho, de una escuela de ciencia, de una escuela de graduados y de seis escuelas profesionales. Dos de ellas residen en Cambridge, como el colegio mismo. Son la de derecho y la de teología. Las otras cuatro, la de medicina, el Instituto dental, el Instituto veterinario y el Instituto agrícola están en Boston. Los estudiantes que están inscritos al colegio, componen próximamente los dos tercios del número total. Es, pues, á la vida del colegio, á la que es preciso procurar representarse para comprender el alma de Harvard, y al tipo social elaborado durante los cuatro años del curso completo, un año de *freshman*, uno de *sophomore*, uno de *junior* y uno de *senior*. Estos son los nombres que toma el estudiante cada doce meses y que por sí solos se explican.

La igualdad y la actividad—la igualdad sobre todo, hé ahí el rasgo esencial que se nota después de una primera mirada dirigida sobre la existencia que llevan esos jóvenes en esos cuatro años. Si se han propuesto los Ingleses en Oxford hacer vivir á los jóvenes nobles con el objeto de crear el tipo complejo del *gentleman*, los americanos parece que se han propuesto hacer vivir unidos á los niños pobres con los ricos con el objeto de abolir ó aun de prevenir la preocupación contra el trabajo mercenario que es, en efecto, el principio más destructor de la democracia. Para hacer tocar con el dedo ese matiz, desearía transcribir una carta citada por el secretario de la Universidad, M. Frank Dolles, la que por sí sola

iniciará al lector, mejor que pudieran hacerlo todos los análisis, en las condiciones bajo las cuales los jóvenes *Harvardmen* siguen sus estudios. Es un informe documentado año por año y cifra por cifra de los procedimientos empleados por un alumno pobre para sostenerse en el colegio. Por ella se vería que el presupuesto de un estudiante es muy alto, sobre todo, para una ciudad relativamente pequeña, como lo es Cambridge. Pero hé aquí una de las características del americano. Colocado en la alternativa de disminuir sus gastos ó de aumentar su trabajo, prefiere siempre aumentar su trabajo.

El estudiante pobre, cuya confesión refiere M. Dolles, fija en trescientos ochenta y un *dollars*, es decir, poco más ó menos, en dos mil francos, sus gastos de *freshman*, en trescientos sesenta y un *dollars* los de *sophomore*, en trescientos noventa y cinco los de *junior* y en cuatrocientos sesenta y dos los de *senior*. Ahora bien, había entrado á Harvard con ciento quince francos de deudas. Debía, pues, en esos cuatro años, ganar dinero, mucho dinero, á la vez que seguir sus estudios.

El detalle de los procedimientos que empleó es muy significativo. "Hizo" trescientos cincuenta y seis *dollars* como *freshman*, que se descomponen de este modo: un premio de doscientos cincuenta *dollars*, un préstamo de quince *dollars* sobre su reloj, setenta y un *dollars* ganados copiando en una máquina de escribir trabajos para sus camaradas, ocho *dollars* por la venta de algunos libros y dos *dollars* por repeticiones.

Como *sophomore* empleó los mismos medios, salvo que se decidió, vista la exigüidad del premio obtenido ese año, á servir la mesa. Las funciones de mozo de fonda le produjeron treinta y ocho *dollars*.—En-

tre paréntesis, este no es un hecho aislado y muchos estudiantes de Harvard se proporcionan de este modo, en particular durante las vacaciones, el corto aumento de recursos que necesitan.—Este, á quien se hace referencia, en ese segundo año asoció á esa tarea la de preparar cerebros de carnero para los cursos del profesor William James, el gran psicólogo.

El tercer año, el de *Junior*, parece que fué para él mucho más fácil. Las repeticiones le produjeron más, pues le aportaron ciento veinte *dollars*. Pudo emprender negocios de librería que le sacaron á flote. Un premio considerable en el cuarto año, acabó por quitarle de penas y salió del colegio, una vez terminados sus estudios, después de haberse sostenido por sí solo y de haber ahorrado una pequeña suma de dinero.

Ese es un cumplido ejemplar del perfecto estudiante americano y M. Dolles tiene razón de deducir á consecuencia de esta carta: que un joven que ha podido vivir de ese modo tiene certeza del éxito en cualquier oficio y cuenta entre las posibilidades de hacer carrera: con el servicio en caminos de fierro, el periodismo, la librería, la vida política y la enseñanza. La elasticidad de este programa para el porvenir está enteramente conforme con las costumbres de un país donde el hombre considera como muy natural cambiar de profesión á los cuarenta, á los cincuenta y á los sesenta años. Una consecuencia de esta facilidad para enhebrar la vida en las más contradictorias direcciones, es que la "ratería," empleando esta palabra vil, liviana y miserable como la misma cosa que representa, no se encuentra en Estados Unidos. Los estudiantes que sirven á sus camaradas con la servilleta sobre el brazo y con el plato en la mano y que, á poco rato, se sientan sobre los mismos bancos que

estos camaradas, siguen los mismos cursos y pasan por los mismos exámenes, si así puede decirse, han tomado y han dado una *lección de suerte*. Saben y demuestran que el hombre enérgico, todo lo acepta y de todo triunfa, á condición de que lo quiera, Y esa lección no deben olvidarla ni unos ni otros.

Semejantes cartas, representan algo así como el dibujo, exacto pero frío, de una existencia. Para darle colorido, para avivar los detalles, precisos pero abstractos en imágenes vivas, es necesario ir al mismo Cambridge y ver palpablemente el cuadro donde semejante destino es posible y aun normal. Ninguna excursión es más fácil. Centenares de tranvías eléctricas hacen desde Boston el servicio durante el día y la noche. Así se pasa el ancho río Charles, y después, poco más ó menos dos millas de camino á cuyos lados el país está lleno de casitas de madera con balcones donde el eterno *rockingchair* espera el reposo enervado del americano.

El carro vá lleno de jóvenes de ambos sexos. Entre las mujeres no hay una sola que en este conjunto que representa un pueblo de estudiantes, dé la idea de ser una mujer fácil. La griseta á medias, esa amante medio venal, medio sentimental, tal cual abunda en las banquetas del barrio Latino, aquí no existe. El tipo que se encuentra con mayor frecuencia es el de la jovencita de diez y ocho á veinticinco años delgadita y delicada, con enormes cabellos rojos, de rostro fino, amarillo á causa de las pecas, de pupilas claras y con no sé qué enervamiento amargo en la sonrisa, que revela mucho trabajo, mucha tensión, grandes esfuerzos, pero no propios sino de la raza, de una ascendencia dilatada que se mira tras de ella. Los dientes perfectamente cuidados asoman blanquísimo por entre los labios entreabiertos cuyos ángulos

están caídos. La voz ronca y algo nasal. El cuello delgado, hace sospechar un cuerpo delgado también y del que se adivina la delicada anatomía,—pues es la estación de invierno—bajo su paletot cruzado, bajo la chaqueta de punto, las enaguas de lana y las combinaciones. El todo se asienta sobre zapatos de caoutchouc, todo envuelto de caoutchouc y despidiendo el olor de la fábrica y del waberproof.

¿A dónde va esa niña? ¿Es acaso una estudiante de *annexe*, de la parte de la Universidad reservada para las mujeres? ¿Es una modista que va á su taller, un empleado que se dirige á su almacén, una doctor que va á ver á un enfermo, una sonámbula que tiene que dar una sesión á domicilio ó una actriz que sale de un ensayo? Puede esta criatura adaptarse á todos los medios, ejercer todos los oficios, excepto el de vendedora de amor y los jóvenes que están sentados á su lado ó frente á ella, sus libros, sus raquetas ó los patines que lleva suspendidos en el brazo, según las circunstancias, se hallan también preparados para todas las audacias, pero menos para una aventura galante. Se me asegura que algunos practican en Boston el libertinaje nocturno. Es muy posible. Pero en tal caso ese libertinaje es verdaderamente libertino, es un fondo de existencia tan brutal, tan distinto del resto de la vida que en él se degrada el joven pero no se corrompe. Y es considerable la diferencia. El falso matrimonio del estudiante parisiense, con su cohabitación diurna y su sueño romancesco revela costumbres más refinadas y que tienen peligros, muy distintos de aquel, para la buena higiene del porvenir.

Era delicioso el aspecto de Cambridge en esos días de invierno, visto como la ví cuando llegué, conducido por el deslizamiento del banal y rápido coche.

Los inmensos edificios rojos de la Universidad se destacaban más rojos aún sobre la blanca nieve. Las casitas de madera, en su mayoría habitadas por los profesores, adquirirían una dulce fisonomía de intimidad, con su color plumizo, cual si fuesen neutras, entre la blancura del suelo y el rojo de los departamentos destinados á las bibliotecas, á habitación de los alumnos y á los museos. Se perfilaban los negros abetos sobre el cielo azul nevado, confundidos con los ramares desnudos de otros árboles, fragil armadura helada donde piaban gorriones. Rayas purpúreas brillaban sobre otros arbustos formando la alegría de esa espesura, de ese apacible paisaje de estudios.

En las banquetas de madera, limpias de nieve, pasan estudiantes con vestidos sencillos, llevando en el ángulo de la boca la pipa de madera corta y de forma especial en Harvard. Van donde quieren y hacen lo que les dá la gana. Más independientes aún que sus contemporáneos de Oxford, ni aun consienten la obligación de entrar á hora fija; que es la primera servidumbre de un Balliol ó de un Christ-Church. La otra servidumbre es la necesidad de estar presentes en la mesa. Los jóvenes de Harvard tampoco tienen impuesta necesidad. No están enclaustrados, como los ingleses, en una especie de convento laico que participa del claustro y del gimnasio. Los departamentos donde habitan en las construcciones diseminadas en los alrededores del *Memorial hall* no están sometidas á ninguna vigilancia. Viven en ellas como vivirían en el hotel, sin dar á nadie cuenta de sus acciones ni de sus ademanes.

Hay gran diversidad en el lujo de esos departamentos, así como en sus precios. Con frecuencia viven en ellos dos locatarios. Una de las piezas les sirve de salón de estudio y otras dos, que son gabi-